BIOBÍO
EN 100 PALABRAS

LOS MEJORES 100 CUENTOS DE LA OCTAVA VERSIÓN DEL CONCURSO

BIOBÍO EN 100 PALABRAS:
LOS MEJORES 100 CUENTOS
DE LA OCTAVA VERSIÓN DEL CONCURSO

© Fundación Plagio
Agosto de 2020

Selección y Dirección de Arte | Fundación Plagio
Edición | Vicente Braithwaite
Diseño | www.triangulo.co / Josefa Méndez
Ilustraciones | Makarena Kramcsák y Silvana Youlton

Inscripción n° 2020-A-4758 en el Departamento de Derechos Intelectuales
ISBN: 978-956-9304-37-8
Tiraje: 10.000 ejemplares
www.biobioen100palabras.cl
Impreso en Santiago por Aimpresores

DISTRIBUCIÓN GRATUITA · PROHIBIDA SU VENTA

BIOBÍO
EN 100 PALABRAS

LOS MEJORES 100 CUENTOS DE LA
OCTAVA VERSIÓN DEL CONCURSO

«Somos los perreros del lugar», «Una nueva experiencia», «Las palomas», «El juego de palabras», «Vampiros», «Correspondencia», «Cementerio», «Fantasmas del centro» y decenas de historias más.

Por segundo año consecutivo, en Empresas CMPC tenemos el honor de ser parte de BIOBÍO EN 100 PALABRAS.

Los relatos cotidianos reunidos en esta publicación muestran a una región tal vez más viva que nunca, con ganas de hablar de sí, de sus dolores, alegrías, euforias, recuerdos y sueños. Historias de todos los rincones, de los que miran a los ríos, a la cordillera, al mar, a los bosques, a la ciudad, al campo y también hacia adentro, a la intimidad de un hogar o incluso al secreto de un pensamiento.

Estamos orgullosos, porque hace cerca de setenta años que somos parte de la región, vivimos y trabajamos en ella, y, por lo mismo, sabemos de primera fuente de su

riqueza y, sobre todo, de su diversidad. Aquí todos tienen un espacio para hablar de todo aquello. Cien palabras son una muy buena oportunidad para atreverse.

EMPRESAS CMPC

La última versión de BIOBÍO EN 100 PALABRAS marcó un hito en la historia del concurso. El cambio de nombre de este proyecto cultural –que, con esta edición, cumple nueve años en la región–, contribuyó a que la participación de comunas más allá del Gran Concepción aumentara en forma notable y a que el espíritu de creación del concurso se extendiera a distintas localidades. Así, tuvimos como finalistas a adultos, jóvenes y niños de Lota, Lebu, Chiguayante, Los Ángeles y Coronel, ampliando los territorios y la diversidad de voces que dan vida a este inmenso relato colectivo.

Pero la pasada edición no solo fue diferente por este cambio, sino también porque su convocatoria estuvo abierta durante el estallido social que vivimos a partir del 18 de octubre. Y aunque desde sus inicios este proyecto siempre ha sido un reflejo de los acontecimientos más relevantes de la región, en este caso tuvimos la oportu-

nidad de leer, con solo meses de diferencia, cómo las y los habitantes del Biobío vivieron este proceso. Ahora la contingencia volverá a marcar esta convocatoria, y, una vez más, creemos que BIOBÍO EN 100 PALABRAS abrirá un espacio de contención, diálogo y reflexión.

En estos momentos, cuando el entorno de nuestras casas se ha transformado en el escenario de nuestra vida diaria, los invitamos a ser parte de esta iniciativa, compartiendo la intimidad de sus días en este tiempo tan turbulento y distinto a todo lo que habíamos experimentado como comunidad.

Porque la historia es ahora, contémosla juntos.

FUNDACIÓN PLAGIO

biobío en 100 palabras

Distopía

La amó tanto que llegó a admitir que Rancagua era más lindo que Concepción.

FELIPE MUÑOZ-ACUÑA BARRIGA, 32 años, Concepción.

Petronila Neira

Una calle de adoquines esconde el ruido de un caballo que camina. Una bandera del Vial al viento se deshilacha cada día. «Los restos de una vela sirven para hacer fuego», dice una viejita, mientras el personal de aseo del cementerio retira las flores podridas. Anónimos personajes la miran desde lejos, a veces alguno se acerca, mueve la cabeza de lado a lado y se va. La gente es sabia y a veces la historia habla.

JORGE D'APPOLLONIO FICA, 45 años, San Pedro de la Paz.

El Cholo y su pandilla

Había una vez un perrito callejero al que apodaron Cholo. Cholo era tan choro que tenía su propia pandilla. Con ella recorría las calles de Lorenzo Arenas, siempre tratando de robar algo, quizás una bolsa con pan a un trabajador o la pelota a los futbolistas. Cuando los niños del colegio salían a la cancha Prieto Cruz, toda la pandilla corría hacia los niños para que les hicieran cariño, y aunque ellos querían quedarse con los niños, no podían. El Cholo no sentía pena, ya que amaba su libertad.

SOFÍA PARRA MATAMALA, 11 años, Concepción.

Vamos por unas papas fritas

«No lloverá», le dije aquella vez a mi amiga. «Vamos a comer, queda cerca», le dije estando en el parque Ecuador, por Aníbal Pinto. Caminamos media hora bajo una lluvia torrencial. Unas servilletas fue lo primero que nos pasaron las señoritas cuando entramos al local en Paicaví, frente a la u San Sebastián. Nosotras, con la ropa de liceo estilando, nos reíamos mientras comíamos unas salchipapas.

NÉMESIS SAZO VILLEGAS, 17 años, Hualpén.

Collao

Ese día llegué a Collao como tantas otras veces, pero ahora todo se veía oscuro; venía a llorar a mi vieja que se acababa de morir en Urgencias del hospital.

RODRIGO CORONADO SALAZAR, 28 años, Chiguayante.

Por el reinado frito de mariscos

«Soy la mejor empanada frita de mariscos de la zona, a solo 600 pesos», decía una empanada de Lenga. «No», replicó una empanada de Tomé, «yo soy la mejor, mi precio de 1200 pesos lo demuestra». «Eres muy cara para tan poco relleno», decía una empanada de Cocholgüe, «por 1000 soy una exquisitez». «¿¡Qué hay de mí!?», exclamó la empanada de Dichato, «magníficos números en ventas me respaldan, por solo 800 pesos». «De Lirquén, callejera, me dicen, tres por luca; misticismo y un sabor único me rodean; soy la reina de la empanada frita de mariscos de esta zona», sentenció.

PAMELA MALDONADO QUIROGA, 40 años, Concepción.

Pasillo intergaláctico

Como siempre, la micro desde Concepción a Lota va llena. En cada paradero suben más y más personas. Cuando ya no puede subir nadie más por la puerta delantera, el chofer tiene la genial idea de decirle a los nuevos pasajeros que suban por la puerta trasera. Mágicamente el bus duplica su capacidad. Aquí es donde aparecen las teorías y los mitos acerca de los agujeros negros existentes justo al centro del pasillo. De otra forma no se explica el grito del conductor pidiendo a los de adelante «avancen más atrás» y a los de atrás «corrámonos más adelante».

SERGIO LÓPEZ OTEY, 42 años, Talcahuano.

Cita en Los Troncos

Después de cada pago mensual nos vestíamos con la ropa que estaba bajo llave y nos dirigíamos a Tomé. Pasando calles llegábamos al lugar donde degustábamos nuestro plato emblemático: pollo jaibón, el tuyo con arroz, el mío con papitas. Con mirarnos nos decíamos todo. Nunca me arrepentí de elegirte como la mujer que me acompañara en la salud y en la enfermedad hasta envejecer. Encajábamos tan bien, mi viejita. Hoy hemos vuelto. La cuenta ha salido la mitad. Hablo contigo pero no hay expresión en tu cara. Qué lástima que las fotos no hablen.

JAVIERA OLIVARES SEPÚLVEDA, 14 años, Concepción.

Un nacimiento milagroso

Todo comienza en Bajo los Ríos, Región del Biobío. Antes de nacer, mi abuelita tuvo dos hermanas, las cuales murieron en el parto, ya que vivían a ocho horas del pueblo más cercano. Cuando mi bisabuela estaba embarazada de mi abuelita, llamaron a una partera, a la cual solo se le pagaría si mi abuelita nacía viva. Mi abuelita nació asfixiada y la partera mandó a buscar una gallina e hicieron que esta se cansara, y cuando empezó a respirar fuerte, le metieron el piquito de la gallina en la boca de mi abuelita y ella pudo respirar.

MONSERRATT CASTRO FERNÁNDEZ, 10 años, Negrete.

Ausencias

De noche, paseando con la Ivonne por Prat con Barros, con esa llovizna tan penquista, notamos que mucha gente iba a la estación de trenes. Eran mineros del carbón que subían al nocturno a Santiago. No sabíamos que sería la última gran marcha de esa gente combativa. Nos sumamos, puño en alto en el andén, gritamos «¡fuerza, valor, mineros del carbón!», con emoción vimos el tren partir. Fue hace ya varios años. Ya no está la estación, ya no está el nocturno, ya no están los mineros, ya no está la Ivonne a mi lado. Solo queda la llovizna.

LUIS HENRÍQUEZ LOGIA, 46 años, Concepción.

Tierra roja

Las finas gotas de lluvia comenzaban su descenso por las laderas de la montaña, abriéndose paso entre las hojas de quila y el frondoso bosque de ñires. Aquel manto de agua que por siglos ha sido el encargado de lavar la sangre derramada, ahora acaricia suavemente el rostro de Rayen, como el rocío por las mañanas. Gota tras gota, su sangre se mezcla con los charcos de agua. Ni el canto del tucúquere es capaz de ocultar su lamento. El olor a pólvora se desvanece con el viento y el suelo mojado se enreda entre los dedos hasta hacerlos raíz.

ALEJANDRO SANDOVAL MONTERO, 23 años, Mulchén.

Galletas y velas en Isla Santa María (recuerdo de mi abuelo)

La noticia retumbó como tambores en la selva: en la playa Las Dolores había encallado un velero. Con mis amigos corrimos a buscar nuestro botín de guerra, además teníamos que ganarle el quién vive a los trabajadores del patrón, quienes también querían su recompensa. Nosotros queríamos apropiarnos de las galletas, que abundaban en esos veleros ingleses de principios del 1900. Por otro lado, a nuestro patrón le interesaba quedarse con el velamen. Nuestros botines estaban relacionados con la subsistencia. Igual ganábamos en ambos casos: con galletas matábamos el hambre y con las velas nos fabricaban ropa que duraba años.

SIMÓN MUÑOZ ULLOA, 48 años, Arauco.

La búsqueda interminable

Cuando era más chica iba con mis papás al mall Mirador Biobío. Siempre me «perdía»; en realidad me escondía entre medio de los colgadores, era un juego para mí súper entretenido. Un día de esos ellos también jugaron, pero… todavía no los encuentro.

TRINIDAD SOLÍS MANRÍQUEZ, 12 años, San Pedro de la Paz.

La kermés

Cuando era niño, con sus compañeros de la Escuela Nº 2 de Concepción formaron el Club Deportivo Salvador Allende con el propósito de reunir fondos para la campaña presidencial del 58. En una de las votaciones para elegir qué actividades realizar ganó la idea de la kermés y de inmediato comenzaron la búsqueda de números artísticos. «¿A quién traemos?», preguntó mi papá. «Podríamos invitar a mi mamá para que toque algo», propuso Ángel. «¿Y quién es tu mamá?», sentenció el burlón del Club. Todos escucharon una voz tímida decir: «Mi mamá es cantora popular, se llama Violeta Parra Sandoval».

NATALIA MATUS CUEVAS, 28 años, Concepción.

La olla

Ese día habíamos almorzado porotos con mote, mi vieja inauguró la olla que le había regalado mi abuela para las Cármenes. Al rato salió con su pololo y me dejó la casa sola. De pronto me llama la Trini y me dice que Chile despertó, que está en la Diagonal esperándome y que «¡vayamos por la revolución!» Como estaba sola, ni la pensé, vacié los porotos que quedaban a una fuente, agarré la olla, una cuchara de palo, y me fui. Ese día la olla desapareció, igual que mis permisos para salir, pero el pueblo unido, jamás será vencido.

JAVIERA CHEUQUELAO FICA, 18 años, Contulmo.

Invierno gris

Cada día al sonar la campana, Rosa, dueña de hogar, llevaba merienda a la mina en que obraba su marido, ya que en Curanilahue la minería era el pilar económico de las familias. Aquellos veinte minutos servían para conversar y besarse. Sin embargo, un día la campana sonó antes. Rosa, desconcertada, tomó la merienda y corrió hacia la mina. Al llegar, solo restos de esta quedaban. Así como ella, veinte mujeres más aquel día gris de invierno de 1989 quedaron cautivas del recuerdo de sus maridos.

RODRIGO AYALA SIERRA, 19 años, Curanilahue.

El gato salvavidas

En una playa hay un gato salvavidas. Un día encontró un pez en la arena casi muerto y se lo quiso comer. En ese momento recordó que él salvaba vidas, no que se las comía. El pobre gato no comió en dos semanas, ya que no le pagaron su sueldo.

GÉNESIS VALDEBENITO CASTRO, 11 años, Nacimiento.

Vivir para contarlo

Silencio, como el que guardó mi madre bajo el peso del cuerpo de mi padre en esa fría sala de Balmaceda, Concepción. Como el que no pudo romper en Barros Arana cuando el tribunal dijo que debía entregarnos fin de semana por medio. Como el que la obligó a tragarse el llanto cuando con mi hermano en brazos se dirigió al hospital. Como el de su mirada cuando nuevamente fue golpeada en el umbral de la puerta. Silencio, como el que existe en la marcha ahora mientras con mi madre levantamos el lienzo: «Ni una menos. Ni una muerta más».

JENIFER MARTÍNEZ PARRA, 32 años, San Pedro de la Paz.

Cerro Lucatá

Cuando era niño y mi único norte era Concepción, y mi extremo sur Lota, siempre pensaba que detrás del cerro estaba la cordillera de los Andes y pasadito ella estaba Argentina. Al menos así lo enseñaba la profe de Historia en el colegio. Luego, cuando entré a la u y conocí a la que hoy es mi esposa, pude descubrir que detrás de ese cerro estaba Chiguayante, su ciudad natal, y que en esa ciudad también, todas las tardes, cuando ella era niña, se preguntaba qué rayos había detrás de ese cerro que todas las tardes se comía el sol.

ANGELO RIVAS BELTRÁN, 34 años, Coronel.

Resignación

Se me quedó el pase. Resignada, busco en mi monedero cuatrocientos sesenta pesos y hago parar la San Pedro. Ya en la micro, el chofer me dice que el pasaje está a quinientos. Le lanzo una mirada asesina mientras busco más monedas de diez pesos.

CONSTANZA CUEVAS ALEGRÍA, 15 años, San Pedro de la Paz.

Sal de mar

Un pasajero le contaba al chofer del colectivo lo bueno de ser vendedor de sal de mar en Concepción y los frutos económicos que esto le estaba dejando. Que su familia, en otro pueblo, se enorgullecía de su oficio. Pero que su mujer no estaba enterada de que él dormía todas las noches en la sala de espera del Hospital Regional.

BETTINA VÁSQUEZ VEAS, 44 años, Concepción.

Azul

Luis era ciego y soñaba con conocer el azul del mar. Vivía en uno de los cerros de Talcahuano, suspendido entre los aromas blancos y los perfumes rojos que se desataban de los viejos rosales del jardín. Como le habían dicho que el mar era azul, imaginaba que el viento que rozaba sus mejillas también era azul. Una tarde bajó hasta la orilla del mar y sintió de inmediato los olores azules que despedía el agua al tocar las arenas. Se sacó los zapatos y se metió entre las olas. Entonces los pies se le pusieron azules.

LUIS ESPINOZA OLIVARES, 56 años, Hualqui.

Somos los perreros del lugar

PRIMER LUGAR

Pinchamos la rueda, amordazamos al conductor y rápidamente saqueamos el cargamento. Los sacos eran pesados, pero la fuerza de nuestras necesidades resistía cualquier kilo. En un momento recordé a mi viejo: había trabajado mucho en la mina, una chispa lo dejó sin el oficio. Recordé que eran tiempos de hambre y, siendo un cabro grande, no quería el mismo destino, entonces elegí una nueva forma de vivir. Corrimos velozmente mientras la gente, impresionada, desde sus casas gritaba: «¡Andan los perreros!» Aquello más nos alentaba. Lota nos tenía respeto; pocas personas se atrevían a expropiarle de esta forma a la Enacar.

AGUSTÍN ARRIAGADA JARA, 20 años, Lota.

Ilustración de Makarena Kramcsák.

Cerros

Me dijo que nos viéramos en el cerro. Lo que no sabíamos es que éramos de comunas distintas. Ella era de Concepción y yo de Hualpén. Me esperó en el cerro Caracol y yo la esperé en el cerro Amarillo.

ALONSO SUÁREZ OBREQUE, 15 años, Hualpén.

El cuadro

El río Biobío sacudió sus sábanas mojadas y devolvió el cuerpo amordazado. Se posó sobre él una garza blanca y delgada. Parecía un cuadro pintado a mano, tan real, daban ganas de enmarcarlo.

SOFÍA RIVERA MALDONADO, 29 años, Tomé.

Mi primer PC

Son las 4 a. m., suena la bocina del tren en calle Mackenna. Acabo de meter en la cama, luego de un largo día de chat, lectura y cerveza, el cansancio mental de los colores, las palabras, los emoticones. Es el gobierno de Lagos. Los estudiantes protestan en las calles. Y yo trasnochado de la virtual semana, esperando a la que será mi primera polola en los Estados Unidos.

YERKO SALAZAR AGUAYO, 37 años, Hualpén.

Por el desarrollo libre de un primer beso

En el Foro de la Universidad de Concepción, en medio de una llovizna nocturna, fue nuestro primer beso. Lo habías preparado todo: las excusas para llevarme, pedirme que cerrase los ojos, tu confesión. Sin embargo, aún no olvido que, apenas llegamos al destino, me apuntaste la imponente estatua ubicada en la zona y me dijiste que era igual que un hueso etmoides, y sin darle el más mínimo cuestionamiento a tu palabra, expresé natural sorpresa. Posteriormente, aclaraste que habías bromeado y ambos reímos de mi ingenuidad. Esa fue la primera mentira que me dijiste, y la más inocente de todas.

MARTA LEAL ORTIZ, 22 años, Concepción.

La micro

Cuando te necesito nunca estás, y cuando no, hay millones.

ISIDORA LARENAS MOLINA, 11 años, San Pedro de la Paz.

Punto de vista

Sacar pequeñas pancoras, que se escondían bajo las rocas, era una de las actividades favoritas de los dos niños choreros. Las mantenían horas en cualquier recipiente con agua, observando sus movimientos. Un día sacaron varias más grandes de lo normal, del tamaño de una moneda de cien pesos. ¡Eran gigantes! Con emoción, las dejaron en un envase de cassata, orgullosos, exponiéndolas como un trofeo, frente a la Tortuga de Talcahuano. Un turista que pasaba por ahí, al ver los crustáceos que caminaban de un lado a otro, exclamó, hiriendo el orgullo de los cazadores: «¡Miren las pancoritas, qué chiquititas!».

SERGIO LÓPEZ OTEY, 42 años, Talcahuano.

Sabor

Casi todos los fines de semana largos viajaba con mi polola desde Los Ángeles a Tomé solo para comer esos ceviches que venden en vasos. Siempre íbamos donde don Aliro, comprábamos dos y elogiábamos su salsa de palta. Él sabía que nos pegábamos un pique de tres horas únicamente para descifrar su sabor y poder prepararlo en casa. Nunca nos dio la receta. Ahora mi polola me dejó, ya nada tiene sentido; ni Tomé, ni don Aliro, ni sus ceviches en vaso, ni la salsa, ni su sabor.

JOSÉ ACUÑA CORNEJO, 30 años, Los Ángeles.

La cueva del pirata

Llevábamos ya cuatro días internados en esa tormenta. Los sollozos de mis compañeros eran ensordecidos por el fuerte sonido del viento al dar contra el mástil. Según los mapas, debíamos estar llegando a la bahía de San Vicente. El viento azotaba nuestros cuerpos, brindándonos un frío que llegaba hasta los huesos. De pronto escuchamos un canto. Era dulce y armonioso, pero a la vez triste y melancólico… A la mañana siguiente la gente de Hualpén encontró encallada en la playa la goleta, y en una cueva los cuerpos de sus tripulantes, con una extraña expresión de terror en sus rostros.

GNANI MAHADEVAN CERDA, 13 años, Chiguayante.

Jorge, el sietecolores

Mi abuelita contaba que antes se iba a visitar a los parientes desde el Biobío hasta las penínsulas, que el territorio estaba atravesado de juncales y totorales donde siempre había a quién pasar a saludar. Me costaba creerlo, ya que nunca me dejaban salir de mi humedal, el Paicaví. Un día me levanté temprano y salí no más, sin avisar. ¡Terrible susto! A mitad de camino no tenía dónde descansar ni agua que tomar. Hasta que logré llegar a Lenga. Allí me encontré con dos sietecolores, pero ni un brillo: ya hablaban con otro acento que no pude entender.

GUSTAVO TORRES MELLADO, 34 años, San Pedro de la Paz.

Verano en la playa

Cada verano se juntaba la familia y salíamos en el taxibus de mi abuelo a pasar el día en la playa. A veces íbamos a Playa Blanca, otras a la Desembocadura. Recuerdo que jugaba con mi papá en la arena, tirándole agua, que enterrábamos las bebidas en la orilla del mar para que se enfriaran con el agua fría, que a la hora de almuerzo mi abuela sacaba una infinidad de tapers con comida, que en la tarde comíamos sandía y que regresábamos a casa cuando el cielo estaba oscuro, iluminados por la luna y las estrellas.

ROMINA RUBILAR MATAMALA, 29 años, Concepción.

La Mireya

Esa mañana hacía más frío que nunca en Concepción. Mientras caminaba por O'Higgins, el aroma a café recién preparado despertaba mis sentidos. Me detuve afuera del café Carrasco con la intención de entrar a comprar, pero vi a la Mireya en una galería tapada con frazadas; me acerqué y le hablé. No me puso atención. Abrí mi cartera y saqué cinco mil pesos, se los pasé y le dije: «Toma, para que compres un cafecito». Ella me mira y me dice: «No, rucia, dáselos a alguien que necesite más que yo», se dio vuelta y se tapó con las frazadas.

RUTH SÁEZ OÑATE, 44 años, Coronel.

Oscarito

La casa de Oscarito es un carro de supermercado, allí porta abrigos, bolsas y unas viejas pinturas. A diario transita por la plaza Cruz y las calles aledañas. En otro tiempo era saludado por los vecinos, quienes le entregaban un trozo de pan o cualquier chuchería; pero ahora que está viejo y con pasos calmos, nadie encorva su pupila para verlo. En los días de julio, Oscarito apoya su cuerpo en la pared de cualquier casa, aguantando el rocío y la niebla… aunque quizás él sea una niebla, pues nadie ve sus huellas y su tiritar doloroso.

FRANCISCO LAGOS TORRES, 18 años, Concepción.

Manuel Nahuelpan

Manuel Nahuelpan camina cabizbajo por Matucana hacia la Alameda, ve su imagen reflejada en la vidriera de un restaurante y se detiene. Viene de pasar la tarde de domingo en el parque Quinta Normal junto a un grupo de mapuche venidos de Arauco. Manuel es uno de los tantos mapuche llegados a Santiago en busca de oportunidades laborales. La encontró como albañil. Pero Manuel Nahuelpan no es feliz. Mira la vidriera, siente una enorme tristeza y vacío en su interior, no comprende el cruel menosprecio y brutal discriminación del huinca. Desde el lunes será Manuel Rubilar.

PEDRO TOLEDO TURNER, 66 años, San Pedro de la Paz.

El viaje al paraíso

Subirme a la Coronel Lota, pagar quinientos pesos, ceder el asiento a una señora con sus hijos mientras escucho a los vendedores de micro, bajarme y recorrer todo Conce con tal de comer unas ricas papas del Assuan.

BELÉN SEPÚLVEDA PALMA, 15 años, San Pedro de la Paz.

La radio clandestina de los bloques de Hualpencillo

Eran los ochenta, Block 23 de Hualpencillo. Nacía la primera radio clandestina que conocí, llamada Momento. Se abastecía con casettes que pasaban amigos y vecinos. Los comerciales eran de los negocios de la pobla, y si querías pedir una canción solo tenías que ir al departamento, entregarle un cigarro al locutor y decirle: «Toca esta canción, porfis». Hasta que un día llegó Carabineros, clausuró la radio, se llevaron el transmisor, al locutor y los casettes. Yo estaba guitarreando detrás del bloque y por temor a los verdes cambié la canción de Quilapayún por una que decía «Ven a mí, pecador».

HÉCTOR PARRA MACAYA, 51 años, Concepción.

La máquina de escribir

En una noche lluviosa, un hombre escribía historias que se volvían reales y que desaparecían cuando llegaba la luz. Él escribía historias de monstruos y eso se hizo realidad; ellos eran sus únicos amigos. Cuando pasaron los años se olvidó de eso y se mudó. Un niño llegó a su casa abandonada y encontró la máquina de escribir. Empezó a escribir que no le gustaba la ciudad de Los Ángeles y la ciudad se destruyó. El señor volvió y el niño resultó ser algo que él mismo había escrito; el niño escribió que quería hacer desaparecer a su creador.

MARTÍN MUÑOZ JOFRÉ, 12 años, Los Ángeles.

Viaje con olor a leche

Esperando que saliera de Los Ángeles a Concepción, el coche aún no estaba enganchado al convoy, así es que subimos para reservar asientos y aprovechar de tomar desayuno. Mi madre gentilmente sirvió la leche calentita que la abuela nos había puesto en un termo. Cuando me disponía a beberla, vino la locomotora a enganchar y sentimos solo el golpe y el movimiento fuerte, y ante la sorpresa de todos y la risa imparable de mi hermano, la leche se derramó y dejó como recuerdo la nata colgando de mis pestañas. Desde ese momento odié para siempre la leche.

JACQUELINNE PÉREZ RUIZ, 53 años, Los Ángeles.

Ruido

Seis de la tarde. Era invierno y yo esperaba que algún chofer me llevara a Chiguayante por los cuatrocientos pesos que me quedaban en el bolsillo. Allí, entre el ruido de micros tapándose a bocinazos, el pitido del carabinero que intentaba ordenarlas, los gritos de vendedores y la copiosa lluvia, lo único que logré escuchar fue que ella le dijo que se iba de Concepción. Las lágrimas que corrieron por las mejillas de la otra chica se confundieron con la lluvia y, en silencio, me contaron el resto de la conversación.

DIEGO PÉREZ GARCÍA, 34 años, Concepción.

La espera de don Chalo

Don Chalo –como lo apodan sus viejos amigos de la calle– cada madrugada hace la fila en el Hospital Regional para reservar hora. Es uno de los más conocidos en el lugar. Nunca se ha sabido bien qué enfermedad padece, pero todos los días es uno de los primeros en guardar el puesto a quien se lo pida. Según él, le gusta ser solidario, a cambio de unas chauchas que le sirven para tomarse su mañanera, con tres de harina tostada y una de azúcar.

DANIELA SOTO RÍOS, 29 años, Concepción.

Harvard

Pasaba por la esquina de Serrano con Carrera cuando lo noté; el «Flaco» Núñez, hombre de unos cuarenta, siempre con el cigarrillo barato en mano. Me pidió plata; le di dos lucas y las metió en una mochila, diciéndome que eran para el estudio. No quise preguntarle nada hasta que me dijo que quería estudiar en Harvard. Yo me reía y le pasaba más plata, semana tras semana. Una semana enfermé y cuando volví no lo pillé. Dijeron que lo mataron para quitarle la mochila, pero estoy casi seguro que estaba en su pupitre escuchando a su profe de Harvard.

CONSTANZA CRUZAT MEDINA, 17 años, Concepción.

La espera

Ahí estaba Juanita, parada en la puerta de su casa, en Los Ángeles, esperando lo que se le había negado por sesenta años: a su padre. Ordenadita, con su mejor vestido, sus manos entrelazadas y su risa nerviosa, pensaba cómo sería el encuentro. Su padre, con ochenta y ocho años a cuestas, bajó del auto que lo traía desde Coronel. Una mirada, un abrazo, una palabra. Sin preguntas, solo sesenta años de historia ignorada. Desde febrero de 2008 Juanita siente la misma emoción al ver a su padre. Parada en la puerta, ya sin nervios, lo espera con una sonrisa.

ÓSCAR LILLO SILVA, 61 años, Coronel.

La noche del monstruo

Todo ocurrió el día 27 de febrero de 2010. Estaba en casa de mis abuelitos, tenía tres años. Recuerdo que esa noche mi papá me despertó tomándome en sus brazos y llevándome donde mamá. Había mucho ruido y movimiento. De pronto, ¡mi papá desapareció! El movimiento era cada vez más fuerte y yo me asustaba más, y en un instante todo se detuvo… y mi papá regresó. Entonces me di cuenta de que mi papá había matado al monstruo que estaba en la casa de mis abuelitos. Hoy día ya sé lo que ocurrió, pero prefiero recordarlo como un cuento.

ALINE RONDÁN ANTILEO, 12 años, Los Ángeles.

Travesía por Barros

Me bajo de la micro y me saco los audífonos. Comienzo a caminar por Barros. Me subo los pantalones y me arremango el polerón, arreglo mi mochila y acelero el paso. Empieza la travesía. Por mi izquierda, Silvio Rodríguez aparece, y por la derecha, una estatua baila por doscientos pesos. Más adelante, los pasos desesperados de los ambulantes se confunden con el zapateo de unos huasos. Sigo avanzando. Se me aparece Pedro de Valdivia, en la pileta me sonríen unos angelitos y más adelante saludo a Lautaro. Mi travesía ha terminado. Te veo a la distancia. «¿Sus papitas del Assuan?».

MANUEL ROMERO YÁÑEZ, 16 años, Penco.

Los Cachalabota

En los muelles de Talcahuano había un grupo de muchachos, choros de puerto, apodados por la gente como Los Cachalabota. «¡Qué curioso nombre!», exclamó un niño cuando pasó al lado de uno de ellos. Su padre le susurró sigilosamente: «Hijo, mira la bota». El hijo, asombrado, observó un enorme cuchillo que se asomaba de la bota, elemento utilizado por ellos para filetear pescados y abrir perchas de piure.

HENRY ESTRADA BELTRÁN, 44 años, Los Ángeles.

El juego de palabras

PREMIO AL TALENTO MAYOR

El viento del invierno se colaba silbando entre las tablas de la humilde vivienda de don Óscar, allá por los años sesenta. Adentro, sus ocho chiquillos tiritaban de frío. Un lunes el hombre pidió permiso en el aserradero de Ranguelmo y viajó a Concepción, de donde regresó cargado de diarios. Con su mujer hicieron engrudo y empapelaron las paredes. Ya no se filtró el viento, y lo más entretenido para todos fue descubrir un nuevo juego: quién encontraba más rápido en la pared una palabra que dictara uno de los jugadores. Varios mejoraron sus notas en la escuelita del poblado.

CARLOS OYARCE SANDOVAL, 70 años, Concepción.

El Rambo

La esquina de Alemania con Grecia tenía dos clásicas constantes: el pavimento completamente destrozado (dicen que por acción de una rebelde raíz) y la presencia del Rambo, un misterioso hombre que, a menudo, pedía monedas a los conductores que paraban en la esquina. Su apariencia andrajosa le hacía justicia al apodo, ya que parecía haber vuelto de alguna lejana guerra. Sin embargo, a diferencia del personaje fílmico, nuestro Rambo era bastante más extrovertido e incluso querido por la gente. Seguramente por eso cada recuerdo del antiguo Hualpencillo está unido a la pregunta «¿qué habrá sido del Rambo?».

DANIEL CHÁVEZ CAMPOS, 33 años, Hualpén.

Una nueva experiencia

PREMIO AL TALENTO INFANTIL

Hoy no fui a clases, y no por floja sino porque, según mi papá, «Chile se despertó»; según mi mamá, «se levantó»; según mi abuela, «va a quedar la embarrada»; y según yo, «estoy aburrida», así que salí a jugar. Afuera tocaban las cacerolas, un poco desafinado, pero las tocaban… Luego entré a mi casa, vi las noticias y supe que algo estaba pasando. Entonces con mi papá cantamos el Himno Nacional junto a las cacerolas desafinadas. Más tarde construí un fuerte con frazadas y dormí. Fue genial porque, gracias a las cacerolas, no escuché ronquidos. Fue una nueva experiencia.

SOFÍA MARTÍN HURST, 10 años, Concepción.

Ilustración de Silvana Youlton.

El hombre contra la máquina

Metió la ficha y comenzó el desafío de comer pelotitas y arrancar de los fantasmas. A medida que pasaba los niveles y la dificultad aumentaba, más y más personas dejaban su juego a un lado para enfocarse en la pantalla que chillaba «waka-waka». La presión no le afectó y después de cuatro horas de batalla llegó al imposible nivel 256 que indicaba el fin del juego. El local se llenó de gritos y aplausos que se escucharon en toda la galería Olivieri, algo difícil de imaginar en un lugar donde hoy en día están todos sentados tomando café.

CÉSAR ORELLANA CALDERÓN, 32 años, Concepción.

El héroe sin poderes

Los Ángeles es una ciudad tranquila, pero nadie sabía lo que iba pasar ese día. Cayó un asteroide. No hizo ningún destrozo, pero descubrieron que daba terribles mareos y otros problemas al 30 % de la población. A otra gente le daba poderes, algunos inútiles y raros, pero otros muy útiles, como fuerza o controlar el fuego y el hielo. En ese momento yo admiraba a un héroe y quería ser como él. El doctor anunció que yo no tenía ningún poder, pero ese día conocí a un nuevo héroe a quien admirar; así es, un héroe sin poderes.

MARTÍN ANABALÓN SOTO, 12 años, Los Ángeles.

Memoria

Distraído, me aproximo por una calle lateral de Lota Bajo y enfrento en diagonal la plaza Chillancito, conocida como «la plaza de los aburridos». Mis hermanos cuentan que allí estuvo Neruda para las presidenciales del año 70. Recitó poemas y habló a los mineros del carbón sobre árboles y flores silvestres. De pronto camino lento. Para no espantar el recuerdo.

PABLO GAETE VILLEGAS, 60 años, Concepción.

Amor real

La encontré en O'Higgins con Ongolmo. Nuestras miradas se cruzaron e inmediatamente supe que me cambiaría la vida. La saqué de la cajita de cartón que la tenía prisionera, al tiempo que me maullaba respondiendo a mi cariño.

MARCELA VALDERRAMA VALDEBENITO, 24 años, Penco.

De nubes

Mi primita pensaba que Cabrero fabricaba sus propias nubes. Por un tiempo, yo igual.

ERIKA VIVANCO MEDEL, 15 años, Cabrero.

Cena lujosa

Hay varios lugares desocupados, pero solo uno junto a la ventana. Me siento y arremango apenas mi suéter, lo necesario para comer con comodidad. Llevo unos mechones de cabello detrás de mis orejas, tratando de verme más decente, y mientras cubro mi regazo con una servilleta, mis tripas me delatan con un sonoro quejido. Espero que semejante acto de rotería haya pasado desapercibido con la cumbia que resuena en el lugar. Rápidamente saco de mi mochila el handroll palta tomate que compré en la esquina. Ojalá la micro no frene de repente, no quiero quedar llena de soya de nuevo.

PAULA SILVA ORTIZ, 18 años, Penco.

Dinoniño

Jamás vi a nadie mover un lápiz así, era como si bailara en su mano. Ese niño amaba los dinosaurios y los dibujaba de manera perfecta sacados de su mente, sin mirar o calcar nada. Se sabía todos los nombres y en su croquera cada recreo los dibujaba, recortaba y vendía a cincuenta pesos a sus compañeros de la escuela Canadá. Un día le pregunté por qué lo hacía y él dijo: «Junto el dinero para comprar una nueva croquera y seguir dibujando más dinosaurios, para que jamás se vuelvan a extinguir».

BENITA VÁSQUEZ MUÑOZ, 33 años, Nacimiento.

Artista

Sofía se quedó dormida en la Pinacoteca. Despertó y ya habían cerrado. Estaba oscuro, aunque los cuadros estaban iluminados; pero había algo más: estaban conversando, sí, conversando. El Chichero le coqueteaba a la Bordadora, mientras la Ninfa de las Cerezas contemplaba el Paisaje de Invierno. Pero Sofía sentía mucho ruido, un gran alboroto. Salió de la sala Tole Peralta y bajó al hall de acceso. Casi se desmaya: el mural era una fiesta de colores y luces, espíritus y cantos, culturas y expresiones. Se sentó a disfrutar y se sintió privilegiada. Hoy sería su cumpleaños 105.

ERICH GRÜTTNER DÍAZ, 42 años, San Pedro de la Paz.

La larga noche

Después de la conmoción por el movimiento salimos a la calle. La gente empezaba a subir con pijamas y pantuflas. Nos quedamos afuera. A cada persona que veíamos con una radio le preguntábamos qué decían, pero a quien más recuerdo es a un hombre que iba bajando a su casa porque la radio decía que no había tsunami. Cada vez que veo o escucho algo que me recuerde esa larga noche, viene a mi memoria su rostro.

JENNIFER ABURTO VERGARA, 32 años, Hualpén.

Pasarela mañanera

Deambulaba cada mañana con la cabeza en alto, moviendo sus piernas como si hubiera una pasarela ubicada en medio de Freire. Observaba con desprecio a la gente que transitaba a su alrededor, pero por alguna extraña razón todos atinaban a acariciarlo y a soltar un suspiro de terneza.

JAVIERA MÁRQUEZ ROMERO, 15 años, San Pedro de la Paz.

Pan de Lota

Como todos los viernes, íbamos desde Talcahuano a Lota a ver a nuestra familia que vivía junto al mar. Mientras mi tía y mi mamá preparaban el piure y los carapachos, esperábamos a mi tío y a mi primo que llegaban con el pan de Lota calentito después de salir de la mina. Ese día viernes los Candia no llegaron con el pan de Lota, la tierra de la mina los había reclamado. Después de treinta y cinco años, aún los recuerdo llegando con sus caras negras y el pan en un paño de cocina.

ANDREA LAURIE ROJAS, 30 años, Chiguayante.

Churros con azúcar flor

Él no comía esas delicias con regularidad y yo lo hacía desde que era una niña. Así que le dije que fuéramos al parque Ecuador a comer churros con azúcar flor, era mi tradición. Me aseguré de que notara que entre más azúcar flor, más exquisitos eran. Él rápidamente lo aprendió. La Reina del Churro colocaba abundante azúcar en esas masas gruesas y aceitosas. Sin más que organizar, íbamos los domingos por ellos, luego caminábamos y tomábamos té. Nos prometíamos no volver, porque comer tanta azúcar no es sano, pero qué más daba, para el próximo domingo ya estaba olvidado.

JOSEFA ACUÑA LUNA, 30 años, Chiguayante.

Vampiros
MENCIÓN HONROSA

Biotrén a Coronel, primer carro, cuarta fila a mi izquierda, el asiento que da la espalda al Lider. No hablar con nadie. Seguí las instrucciones y les dejé un mensaje: «Tenían razón, existen y son peor de lo que pensábamos. Atacan de día y están infiltrados entre nuestros amigos. Creo que me descubrieron». Caminé más paranoico que nunca y al día siguiente descubrí una nota en la puerta: «Espere instrucciones». Eso fue hace un mes, la última noche en la que pude dormir. Mientras tanto, me entretengo corriendo por el parque Ecuador, preparándome para esa batalla que perdimos hace rato.

JOAQUÍN URRUTIA SEPÚLVEDA, 29 años, Concepción.

Amor desalojado

Terminé llorando. Nos juntamos en la plaza Perú a conversar por última vez. Antes de llegar, yo había pasado al Assuan a comprar unas papas fritas con kétchup y dos churros, era una costumbre que teníamos. Nos sentamos en un costado y ella encendió un tabaco, supe que se venía difícil. Ella comenzó a llorar y entendí que la comida no la convencería. Luego yo comencé a llorar, aunque extrañamente no sentía tristeza. Escuchamos las sirenas y supimos que había que correr. Odio las bombas lacrimógenas saliendo de la UdeC.

FELIPE CARTES BODEVIN, 22 años, Talcahuano.

Un mundo pequeño

Filip era una hormiga que vivía en la madriguera de la Plaza de Armas de Los Ángeles. Se estaba preparando para la guerra contra las abejas, las cuales planeaban atacar. Filip estaba listo, pero de repente llegó el exterminador y empezó a tirarle veneno a las abejas; las hormigas decidieron ayudarlas. Las abejas atacaban por el aire y las hormigas por la tierra, y empezaron a subir por las piernas. Y todas pincharon al exterminador, a quien se le cayó la máscara. Entonces las abejas le pincharon la cara. Después de ganar la pelea, hormigas y abejas hicieron la paz.

NICOLÁS MARÍN MERINO, 11 años, Los Ángeles.

Conce y sus tropicosas

Amaneció nublado. Abuela dijo: «Vas a salir, lleva paraguas, viene lluvia». Madre agregó: «No olvides el impermeable, las nubes están negras. ¡Auguran aguacero!» Tenía una entrevista y quería ir elegante, sin un paraguas estorbante. Me retumbaban las palabras de ellas. Les hice caso y salí rápido. Descendí del autobús y me pegó el sol en el rostro. El calor me envolvió. Le obsequié el paraguas a un anciano. Insistí en que se lo quedara. A dos cuadras de mi destino, súbitamente el sol desapareció y comenzó a llover fuertemente. Me empapé hasta el alma. ¡Tropiconce otra vez me había engañado!

IVONE VILLAGRA RECABARREN, 44 años, Hualpén.

Personas en la vía

Un día en la terraza de mi casa en San Pedro de la Paz miré hacia la línea del tren. Observé gente caminando por la vía y me pregunté por qué lo harían, si era un lugar tan peligroso. No se me ocurrió, pero seguí pensando. Llegó la noche y no se me ocurrió. Desperté, tomé desayuno y no se me ocurrió. Me vestí y tampoco se me ocurrió. Fui al colegio y no se me ocurrió. En clases pensé y tampoco se me ocurrió. Fui al recreo, me puse a leer un libro y en él estaba la respuesta.

FLORENCIA RUIZ GUERRERO, 9 años, San Pedro de la Paz.

Collao

Domingo nublado, me levanto un poco tarde, con los estragos que causa una agitada noche penquista. Almuerzo un mix de comida refrigerada durante la semana, cubro mi camiseta con tres capas de ropa y salgo a tomar la micro. Tarda, pero aparece. Cruzo el Biobío mientras escucho la formación por radio, atravieso un fantasmal centro con los nervios de ir un poco atrasado, toco el timbre poco después de visualizar a los dinosaurios y troto hacia la boletería. Mientras subo las escaleras me doy cuenta de que ni siquiera sé contra quién jugamos. El Conce ha ganado una vez más.

SEBASTIÁN MERINO FUENTES, 18 años, Concepción.

Bicarbonato, tesoro blanco de las protestas

Y llegué corriendo a mi casa a buscar las bolsitas de bicarbonato que tenía guardadas para salir a ayudar a la gente de las manifestaciones en Concepción Centro, y no tenía ninguna. Te pregunté dónde estaban y me dijiste que, como no teníamos pan y solo había harina, quisiste hacer sopaipillas. Te miré y te dije: «¿Cómo se te ocurre echarle ocho bolsas de bicarbonato?» Me enojé, te reté mil veces y luego me comí una. Igual te quedaron ricas, amor.

MARÍA IGNACIA MORA MORA, 20 años, Talcahuano.

La esquina de Dinamarca

Estaba esperando la micro para ir a mi colegio. Me encontraba en una esquina, parado y atento. Pasaba el rato y ya me empezaba a asustar, así que cerré los ojos y en mi mente le canté, recé, hasta incluso le rogué a la micro para que pasara pronto. Un sonido me hizo volver a abrir los ojos: era la micro que se acababa de ir.

SEBASTIÁN PAREDES CASTRO, 12 años, Hualpén.

El «Loco» Carrasco

Apenas entraba a la sala, surcando el marco de la puerta con el libro en la mano, el «Loco» Carrasco, profesor de Física del Liceo Enrique Molina Garmendia, disparaba los nombres de la lista de estudiantes como un misil descalibrado, en una metralleta de apellidos que nadie podía responder a tiempo. Una catarata impertérrita de apellidos que solo se extinguía cuando, desde Aedo y pasando por connotados como Cartes, De la Barrera y Garrido –próceres de las notas más elevadas de su ramo–, llegaba a Zapata, frenando el frenesí incólume de su voz y exhalando el término antes de sentarse.

DARWIN QUEZADA OSORIO, 42 años, Concepción.

Pescado frito

Ojalá lo hubieran probado, estaba exquisito. Fileteado con delicadeza, aliñado a la antigua y directo al batido. El toque especial: la mitad de una lata de cerveza a temperatura ambiente, la cantidad de harina que cabía en su puño y la pizca de sal que quedaba en la punta de sus dedos. Un baño completo al pálido filete de merluza de Talcahuano y directo al aceite caliente que ruega por freír. Un par de vueltas y a dejar que sude sobre las servilletas en el plato grande para que pase al centro de la mesa. Cuánta falta me haces, mamá.

FELIPE CARTES BODEVIN, 22 años, Talcahuano.

El miedo de todas

Después del colegio, habíamos quedado en pasar a comer papas fritas al Shawarma. Debía ser una tarde tranquila, y así lo fue hasta que comencé a sentir la natural prisa del sol escondiéndose, llevándose consigo mi seguridad y confianza en los demás. ¿Mi falda está muy corta? ¿Pasaré desapercibida si me pongo mi capucha? Intentaba normalizar mi respiración mientras repetía que todo saldría bien, que yo estaría bien. Cierro la puerta de mi casa y dejo salir un suspiro de tranquilidad. Entonces mi alivio se convierte en el de toda mi familia.

VALENTINA MONSALVES JARA, 15 años, Coronel.

Cementerio

MENCIÓN HONROSA

Primero de noviembre y mi tía la hace súper corta: quita los girasoles gigantes de plástico amarillo de los chinos de calle Almagro, que la otra familia insiste en traer, y pone sus arreglos caros de flores naturales que compra en la plaza Pinto. Se fuma tranquilamente un cigarro mientras yo pienso que las tumbas en los campos son tan abiertas que cualquiera puede traer o llevarse cosas. A nadie parece preocuparle; total, la muerte ya obtuvo su triunfo.

PILAR ZAPATA COLOMA, 41 años, Los Ángeles.

Fantasmas del centro

MENCIÓN HONROSA

El único recuerdo que tengo de él es la chaqueta de cuero negra, típica de los noventa, y las salidas al McDonald's del centro. La noche previa nunca podía dormir, estaba ansiosa, quería mi cajita feliz y juguetes para mi colección, quería lanzarme a esa piscina de pelotitas de colores. Nunca pensé que las salidas con él significaban algo más. Ahora ese local ya no existe. Cerró. Él no volvió a buscarnos para una nueva salida y yo solo lamenté no tener más juguetes. Caminando por el centro me doy cuenta de que nunca sospeché que salía con mi papá.

DANIELA ESPINOZA AGUILLÓN, 25 años, Coronel.

Ilustración de Makarena Kramcsák.

NUEVO
JUGUETE
TEMPORAL

En el terminal

A pesar de haber estado ahí tantas veces, ese día el terminal de Collao lucía distinto. Mientras esperaba recorrí el lugar con la mirada. Ahí estaba el estadio donde vi a Silvio Rodríguez, los buses en que íbamos a Quillón con los amigos en verano y los puestos con café y sándwich que alimentaron los viajes a Santiago en la época universitaria. Reparé en que no había compartido ninguno de esos momentos con él. Pensaba que no lo reconocería después de tantos años, hasta que mi papá apareció por una de las puertas del terminal. Era hora de hablar.

HÉCTOR ABARCA DÍAZ, 48 años, Talcahuano.

Mi abuelo chofer

Mi abuelo fue chofer de una línea de buses penquista, de esos de antaño. Con sus mañas adquiridas por los años, serio y estricto con los estudiantes, era de esos choferes que solo le paran a cierto número de escolares y al resto hacen como si no los vieran, como si fuesen fantasmas, exactamente como aún lo hacen algunos. Él era consciente de lo que hizo y de las vueltas que da la vida; por ello, cuando comencé a ir al liceo, él me acompañaba al paradero, para asegurarse de que su nieta no fuese un fantasma para sus excolegas.

ROMINA RUBILAR MATAMALA, 29 años, Concepción.

Álbum «Pokémon»

Todas las semanas el tata nos daba quinientos pesos a mi hermano y a mí. Nos comprábamos sobres de álbumes Salo, ocho entre los dos. Completamos varios; por ejemplo, los de *Dragon Ball*. Pasaron meses cuando apareció el álbum de *Pokémon*, mi serie favorita. Corrí a la casa para contarle a mi hermano. Él estaba acostado escuchando música, me dijo: «Anda a lesear a otra parte». Lo acusé. Me dijeron que era la edad del pavo, que no lo pescara, que ya tenía otros gustos. Me dio pena, volví al local: «Tía, quiero el álbum *Pokémon* y un sobre nomás». Lloré.

HUGO NÚÑEZ LÓPEZ, 31 años, Concepción.

Espías

Todos conocemos a las palomas penquistas, las que siempre están cuando no las llaman. Las regalonas de los viejos en la plaza, amienemigas de los niños que las corretean. Las mismas que vieron tu primer beso cerca de la pileta. Fueron testigo de sonrisas, que con el tiempo se convirtieron en muecas amargas. Y son las primeras en saber cuándo en el Gran Concepción hay un nuevo corazón roto.

CECILIA ORELLANA PACHECO, 19 años, Talcahuano.

El campo

Aquí en el campo todo es tranquilo y verde. Uno puede salir a recorrer los bosques, los cerros o el río. Aquí hay hartos animales: ovejas, gallinas, vacas, bueyes. También hay pajaritos, como la tenca, la codorniz, la tórtola, la torcaza, los treiles, los jotes. A veces, cuando descanso sentada sobre algún tronco, los veo pasar y deambular a mi alrededor. Pienso tanto en ellos que llego a creer que soy uno. Una oveja, un zorro o una tórtola. De pronto emito un sonido, desde mi garganta. Pero solo escucho mi voz humana. Y vuelvo a la realidad.

FRANCISCA HIDALGO PEZO, 12 años, Nacimiento.

El médico rural

Un joven baja del bus Biobío cargando un bolso y un fonendoscopio. El chofer le dice cómo llegar al único semáforo de Los Álamos. Ser un médico rural siempre fue su sueño. Estuvo preparándose por años, pero aún carga más dudas que ropa encima. El día es un celeste intenso de septiembre, y todavía flamean algunas banderas que dejó el Dieciocho. A unos metros, una señora tropieza y cae. Los vecinos, asustados, se amontonan. El recién llegado, corriendo, se acerca. «Soy médico», dice, mientras le toma la mano, olvidando por unos minutos todas sus dudas.

BAYRON JARA MANRÍQUEZ, 30 años, Concepción.

Estudiando mi destino

33 kilómetros, una hora y 35 minutos en bus, 22 canciones de Spotify, 85 pasos desde el paradero hasta tu calle, 20 minutos (mínimo) esperando que estés lista frente a la escalera en Diagonal, 10 mil pasos esperándome cada día, un Nestea sin azúcar de frambuesa y alfajores veganos, un café por Chacabuco y una banca frente al Faro me recuerdan todos los días que mi destino favorito eres tú.

CRISTOPHER BARRA YÁÑEZ, 18 años, Talcahuano.

El cómplice borde costero

El mar de Dichato era su amigo; el de Lenga, su amante; y la Desembocadura, sus recuerdos. A la Quiriquina no podía volver, pero desde Tumbes admiraba su belleza. En las rocas de Chome iba a pescar y en el Barrio Chino de Lirquén lo persiguieron. Escapó de su muerte y se sentó a descansar en las playas de Arauco. Había tanto viento que se fue volando y nunca volvió.

GABRIELA TORRES ARANEDA, 24 años, Chiguayante.

Cuestión de perspectiva

Veo cientos de departamentos, casas y edificios. En ellos, otros cientos de hogares; en cada uno, una familia: uno, dos, tres, cuatro, cinco o más integrantes de diferentes edades, sexos y géneros, algunos con perros, gatos u otras especies comunes, todo normal. Son las 18:45 de un día domingo, gran parte de ellos parece sentir una nostalgia por tener que volver a trabajar mañana. Muchos vuelven a sus hogares, caminan distraídos, esquivando vehículos, perros y a otras personas; viven tranquilos, o así parece serlo. Desde mi posición solo eso alcanzo a ver, ¿y tú?

PABLO SÁEZ MARTÍNEZ, 26 años, Hualpén.

Porsiaca

Esa noche de 2005 la vecina llegó gritando «¡tsunami!», desesperada. Con mi mamá echamos ropa a unos bolsos en menos de cinco minutos, y en eso mi papá ya tenía la camioneta andando. Partimos raudos hacia el cerro Centinela, con bolsos, linternas y el perrito de la casa en mis brazos. Nadie hablaba, de asustados. O quizá teníamos vergüenza, porque, no mucho después, nos dimos cuenta de lo absurdo de la situación. Si ni un temblorcito habíamos sentido. Solo la voz de mi papá sonó como un tímido consuelo: «Al menos ya sabemos qué hacer si algún día pasa algo».

RODRIGO ROA SALINAS, 32 años, Concepción.

Protestas

Ayer fuimos a protestar a los Tribunales del centro de Concepción por lo que está pasando en Chile. Íbamos gritando, cantando, bailando, mientras lanzábamos rocas. Los carabineros tiraron gas lacrimógeno y justo una bomba cayó al lado mío. Me dejó toda la cara llena de grumos, como un panqueque. Mi mamá me retó.

TOMÁS GARCÍA TORRES, 12 años, Concepción.

Hotel cinco estrellas

«El mejor hotel penquista está en Salas con Heras», dice orgullosa la «Loca» María, quien todas las tardes se acurruca en su cartón, junto a treinta personas, en las ruinas del Liceo Balmaceda. La Mary nunca se queja de las incómodas camas del hotel, sino del desayuno y la mala atención a la cama, cuando le dan ese típico pan con kétchup añejo de hace días.

DANIELA SOTO RÍOS, 29 años, Concepción.

El perro

Ese perro ladra, ladra y no para de ladrar; ladra a todas las personas que pasan y a los que no pasan también.

SHECCID MARIÁNGEL SILVA, 12 años, Hualqui.

Correspondencia

MENCIÓN HONROSA

«¡Llegó correspondencia!», decía la Nicole a sus compañeras del Liceo de Niñas, mostrando unas cartas en hojas de cuaderno que venían escritas por estudiantes del Salesianos. Dieciséis años después, «¡llegó correspondencia!», dice el Hugo, mostrando las cuentas de luz y agua de la casa. El Hugo, aquel estudiante del Salesianos que en una carta de hoja de cuaderno me invitaba a comer nalcas con merquén y sal al parque Ecuador.

ANDREA LAURIE ROJAS, 30 años, Chiguayante.

Astronauta

Alguna vez fui un auténtico astronauta. A pesar de mi corta edad –en ese entonces seis o siete años–, tuve millones de aventuras. Recorrí cada galaxia, cada planeta, esquivé mil meteoritos y aprendí todas las constelaciones que en ese entonces me fue posible. Lo que yo no sabía era que la velocidad de la luz consistía en una ficha, que cada aventura duraba solo unos minutos, que al día de hoy mi cohete estaría descontinuado o que mi futuro como astronauta se vería tan afectado por el nuevo café y el cierre de los juegos Giocco.

PAZ ROJAS JEREZ, 17 años, Concepción.

Lai Antü (La muerte del sol)

En la costa del Biobío todos los lafkenches tenían miedo, y es que un eclipse era el peor de los presagios. El joven Relmu advirtió las señales a su alrededor: el ave que cayó esa mañana desde lo alto del árbol, los animales que no quisieron cruzar el río, el profundo silencio en ausencia del viento. El sol había muerto esa tarde en lo alto del cielo, la niebla gris lo cubría todo. Se alzaba a lo lejos un rumor de guerra, junto a una bandera asida por enormes hombres de metal.

BRENDA SEPÚLVEDA PARRA, 31 años, Concepción.

Cien palabras del mar

Una corvina nadaba por el mar frente a la costa de Concepción. Un pescador la pescó. Su amiga albacora, que vio lo sucedido, se escondió y empezó a pensar un plan para rescatarla. Se acercó para que el pescador la viera. Él tiró el anzuelo al agua, la albacora agarró el anzuelo con la boca, intentando no tirar fuerte, y lo amarró al motor de un bote hundido. El pescador tiró de la caña de pescar. Eso encendió el viejo motor, que arrastró al pescador hacia el fondo del mar. Ese pescador soy yo y estoy escribiendo mi historia.

RAFAEL HERNÁNDEZ MUÑOZ, 12 años, Los Ángeles.

Freire 240

La duda respecto a la existencia de un burdel al lado del liceo siempre existió. La patrona de las niñas dicen que se llamaba Rizos Negros. Relatos de baja credibilidad nos daban fe de aquello. Hace no mucho tiempo, y con diez luquitas cada uno por si nos asaltaban, fuimos con expectativas de romper el mito. Pillamos a la supuesta jefa, tenía sus rizos negros pero nunca fue patrona de nadie. Vivía ahí hace setenta y tres años, su esposo murió en dictadura, sus hijos se fueron lejos y se dedica a vender humitas. Muy simpática ella.

SERGIO CASTILLO URRUTIA, 17 años, Hualpén.

El virus

Está en todos lados. Es casi imposible escapar de él. Concepción es la provincia más afectada del país. Cada día son más los infectados. Y lo peor de todo, es que es imposible saber quiénes están contagiados. Tu mejor amigo, uno de tus parientes o la vendedora del negocio de la esquina. Nadie se salva. Todos son sospechosos. Tengo mucho miedo, creo que iré a buscarme alguna chiquilla para pasar el susto. Bueno, al fin y al cabo, de algo hay que morir, ¿cierto?

MANUEL SILVA MARÍN, 18 años, Coronel.

Primer paso

He cruzado el puente Juan Pablo II unas mil veces, pero esta vez es diferente. Hoy llevo a mi hijo recién nacido desde la clínica a nuestra casa. Siento que no estoy atravesando el río, sino cruzando mi adolescencia y llegando a mi adultez. Manejo lento, aprovecho el instante. Pongo una canción apropiada para el momento. Veo por el espejo retrovisor y el reflejo del río me regala una inmejorable postal: mi mujer con nuestro hijo en brazos… camino a casa.

ERICH GRÜTTNER DÍAZ, 42 años, San Pedro de la Paz.

El susto del 2010

Yo era bebé, como de dos añitos. Era de noche y estaba durmiendo. Vivíamos en los departamentos de Colón. De repente empezó a temblar cada vez más fuerte, era un terremoto. Mis papás se levantaron y nos fueron a sacar de la pieza. Cuando estábamos en una parte más segura de la casa, listos para salir, la puerta se quedó atascada y no podíamos salir. Mi hermano tenía cuatro añitos y por puro susto empezó a vomitar. Por suerte un vecino pateó la puerta y salimos. Bajamos por las escaleras con mucho miedo de que se cayera el departamento.

SOFÍA PONCE SEPÚLVEDA, 11 años, Hualpén.

Plaza Perú

En el cúmulo de la cultura penquista, entre el característico almizcle de vinos vinagre, colillas de cigarro y cervezas derramadas –la apoteosis de las juntas universitarias–, aparece esporádicamente un perfume que llega hasta el fondo de nuestro ser, que nos impregna y humedece nuestros ojos cual recuerdo de niñez. Una nube blanca que nos acecha sin piedad: la lacrimógena.

CAMILO BLOOMFIELD OPAZO, 23 años, Chiguayante.

Bajando el Biobío

«¡Remen! ¡Remen!», grita el guía del bote, pensando que le ponemos atención. Nada. El agua fría nos pega en la cara, el torrente apaga nuestras voces, los árboles y las rocas de la orilla pasan raudos frente a nuestra vista. El río nos lleva por donde él quiere, acariciándonos y zarandeándonos a la vez, haciéndonos cómplices de su agitada fuga hacia el mar.

ÓSCAR CARRILLO VIDAL, 56 años, Los Ángeles.

Negra, negra, corchea, corchea, negra

La noche estaba azul, de un azul muy oscuro, y aún se veía Venus cayendo hacia el poniente. Una cacerola solitaria llamaba con insistencia; la olla y la cuchara salimos al antejardín. Nos siguieron una cuchara de palo y un sartén. De la casa del lado salieron cacerolas y pailas. Del pasaje del frente bajaron más ollas, cucharas y una lata que sonaba como trueno. Se sumaron un pito y una tineta de plástico que con un palo actuaba de bombo. Sin decirnos nada, iniciamos la marcha. El toque de queda había comenzado dos horas atrás.

JUAN SCHILLING QUEZADA, 70 años, Concepción.

Las palomas

PREMIO AL TALENTO JOVEN

De niña paseaba por los Tribunales de Concepción. Las palomas, habitantes del lugar, volaban directo a mis ojos. Ocurría lo mismo en la Plaza de Armas. Creía que las palomas tenían algo contra mí. Mi mamá me dijo que había que ganarles, que debía correr yo primero detrás de ellas: asustarlas, ponerles las plumas de punta correteándolas a los ventanales de los ilustrísimos o a la azotea del Club Español. Ahora, desde la lejanía de mis dieciséis años, comprendo que la cosa no era conmigo, sino con los jubilados que se anticipan ilusamente a espantarlas, amenazándolas con migas de pan.

SARAÍ DA COSTA FIERRO, 16 años, Lebu.

Ilustración de Silvana Youlton.

CMPC Y
FUNDACIÓN PLAGIO
PRESENTAN

BIOBÍO EN 100 PALABRAS

¡Participa en la nueva versión del concurso!
Hasta el 6 de noviembre de 2020
en www.biobioen100palabras.cl

PRESENTAN

cmpc

FUNDACIÓN PLAGIO | 20 AÑOS

ORGANIZA

Universidad de Concepción
Dirección de Extensión y Pinacoteca

MEDIA PARTNERS

TVN EL CANAL DE CHILE

biobiochile.cl

El Sur

El Conce Cuente

PROYECTO ACOGIDO LEY DE DONACIONES CULTURALES